

legislativo gaditano. Así, por ejemplo, gracias a franceses y doceañistas, y a solicitud del vecindario, pudo construirse la plaza de Santa Cruz en el solar del antiguo convento del mismo nombre. La obra secularizadora de José Bonaparte fue continuada; aunque no tanto como para que desapareciera la «acentuada clericalización», tan característica de la etapa constitucional. Tampoco la nobleza fue desplazada de la corporación municipal, donde, sin embargo, faltaban por completo los representantes populares.

El primer año liberal fue difícil. La expulsión de los franceses atrajo a la ciudad una riada de refugiados, y esto, unido a la mala cosecha, originó problemas de abastecimientos. A finales de 1813, las dificultades habían pasado y la creación de la Diputación Provincial (inspirada también en modelos franceses, según ha señalado Enterría) contribuyó a que los seis meses que todavía duró el régimen liberal fueran fecundos para la ciudad y su región. La Diputación fomentó el sistema productivo, favoreció la agricultura, creó cátedras de economía política y centros de primera enseñanza, estudió la mejora navegable del Guadalquivir, etcétera... «Fue la institución liberal que mejor funcionó», escribe el autor. Y más tarde, los propios absolutistas se vieron obligados a reconocerlo así.

El liberalismo encontró su base en la naciente burguesía y en escasos (pero muy activos) miembros del clero. Los demás elementos clericales (mucho más numerosos), la nobleza y ciertos grupos del pueblo, hábilmente manejados, fueron los encargados de la triste tarea de cercenar el prometedor experimento.

El libro dedica un capítulo a la narración de la vida cotidiana en aquellos años, llena de curiosos datos sobre limpieza, cultura, moralidad, alumbrado, cárceles, sanidad, etcétera... A finales de septiembre del año doce había casi ochocientos sífilíticos tratándose en el Hospital de la Sangre. El número de prostitutas llegadas tras la expulsión de los franceses era tan grande y su actuación tan visible, que hubo de habilitarse una Casa de Reclusión, continuadora del antiguo Beaterio o Seminario de Niñas de la Santísima Trinidad (2). Un año más tarde funcionaban estaciones de baños en el Guadalquivir, costumbre que en otros muchos lugares no ha llegado hasta entrado este siglo: tal vez el tórrido verano hispalense favoreció tal precocidad. ■

VICTOR MARQUEZ RE-
VIRIEGO.

Las novelas de Reiner

Reiner no es precisamente un héroe, se trata más bien de un Superman que ha entendido el engranaje en que se mueven los hilos de nuestra época y que trata de sacar de ellos el mejor partido. A Reiner sólo le interesa el dinero, y su postura es la de no comprometerse con nada ni con nadie. No tener ni un único gesto de humanidad en toda su vida le permite conseguir la lucidez que precisa para salir airoso de sus descabelladas aventuras. Como premio, el botín completo y perfecto, por el que los demás perderán la vida. Una vida más o menos no tiene dema-

(2) Acaso aquí podría hallarse el origen de la segunda acepción que la palabra «niña» tiene en Andalucía, y que Antonio Burgos señalaba en el reportaje «Proceso en Sevilla», publicado en el número anterior.

siada importancia para Reiner, y jamás pestañeará ante un cadáver destrozado o ante un espectáculo brutal; se trata siempre de los otros, y los otros son seres menores que sueñan con arreglar el mundo, que creen quizá en la fuerza de las ideas, y que tratan, cada uno en su puesto, de organizar una revolución o una contrarrevolución que vuelva las cosas a su cauce. Reiner se introduce entre ellos para sacarles lo único que le interesa. Lo demás son cosas inútiles o inventadas para que él viva mejor.

En un ambiente descarnado, frío y bestial, Klotz describe las aventuras de su «gángster» Reiner (1), un hombre que fuma toda clase de cigarrillos y que persigue fríamente sus objetivos. A su modo, Klotz desvela algo de nuestro mundo; la misma frialdad de su personaje le vale a él para narrar nuestra época; la misma falta de compromiso de Reiner se imagina en Klotz, aunque un cierto aire de humor y de lejanía circunda su punto de vista. Si Reiner es un personaje despreciable, nada de lo que le rodea lo es menos. Los nazis y los gauchistas, los dictadores sudamericanos, el amor como prueba de machismo, la policía como órgano de represión, son los ambientes de Reiner. Y aunque su autor no hace consideración moral alguna sobre ello, limitándose a describir lo que considera la normalidad ambiente en su estado natural, no es menos cierto que las descripciones utilizadas, las situaciones inventadas quieren resaltar esa deshumanización general, esa bestialidad nada reprimida. El cinismo de Reiner es también el de su autor, quien, de un plumazo detalla la matanza de

(1) *Casse Cash y Putsch Punch*, de Klotz. Editorial Lala. Colección Serie Negra.

turno como podría hacerlo un fiel ejecutivo del orden. Así, el novelista francés utiliza un estilo directo, de estadística, sin florilegios verbales ni lirismos anacrónicos. Sólo Reiner entiende la vida; quizá podría haberse comprometido con algo o con alguien, pero ha entendido en algún momento de su vida que cuanto le rodea acabaría pareciéndose a lo que ahora hace. Su trabajo ha consistido en simplificar las cuestiones y dirigirse directamente a la esencia de su época. E inevitablemente, Klotz debe descubrir esa época, aproximarla al lector, sin ánimo de sorprenderle, sino como recordatorio. Sin la calidad literaria de Raymond Chandler y sin la imaginación de Maurice Leblanc (otros autores aparecidos en la misma colección), Klotz nos sumerge en un tipo de literatura que, cuando menos, tiene la posibilidad de contarnos, con sus limitaciones y aciertos, cosas nuestras. ■

D. G.

La música española en el siglo XX

Crítico a veces apasionado, a veces combativo, y, por lo tanto, sometido a la servidumbre y a la grandeza de las opiniones propias; crítico, digamos, criticable o abierto a la crítica de los demás, Antonio Fernández-Cid ha escrito ahora una larga historia de la música española en el siglo XX, donde ha procurado reducir su función habitual de opinante a un mínimo para hacer una larga información del movimiento musical en nuestro país. Pueden surgir a primera vista algunas omisiones, como la de Antonio José o como la de Facundo de la Viña —ya señalada en estas páginas por Oscar Esplá; objeción a

la que rápidamente respondió Fernández-Cid anunciando que si hubiese una segunda edición, la ausencia sería rápidamente reparada—; podría parecer también que algunos nombres menores gozan de mayor atención que otros. Pero ahondar en estos defectos no pasaría de ser una mezquindad y, a fin de cuentas, la superposición del juicio crítico de quien lee o examina sobre el de quien escribe. Es difícil que un autor se abstraiga hasta el máximo extremo del mundo personal en el que vive.

Lo que cuenta en este caso es la enorme labor realizada al inventariar y ordenar un mundo tan caótico y tan disperso como es el de la música española, con tantas y tan distintas manifestaciones, agrupando desde autores a intérpretes, organizadores y promotores. Cuenta el examen que hace de las grandes figuras españolas, de las indiscutibles y también de las discutibles; de las que se fueron y de las que se quedaron. De los clasicistas y los conformistas a los vanguardistas y experimentales. De los que están a gusto en el mundo musical existente a los que no lo están y querían transformarlo, incluso radicalmente. Antonio Fernández-Cid, sea cual sea su posición personal frente a las de los otros, encuentra la manera de comprenderles a todos, y de estimularlos, y de hacer ver la fuerza de su esfuerzo, y desde un absoluto respeto para creadores e intérpretes. Es algo que no es frecuente y por lo cual merece Fernández-Cid un gran elogio.

El libro está editado por la Fundación March, y es de los que justifican sin ninguna duda la función de esa obra. Una gran contribución al conocimiento de la música española en nuestro tiempo, hecha por quien es no solamente un conocedor de primera magnitud, sino

una persona que vive desde hace muchos años dentro del tema y para el tema.

Los premios El Cervo

Vicente Oscar Vetrano, de Buenos Aires, y José Verde Aldea, de Barcelona, han obtenido los premios El Cervo correspondientes a este año por sus artículos «Pacem in terris, diez años» y «La comunidad política i l'enciclica», publicados, respectivamente, en «Actualidad Pastoral» y «Questions de Vida Cristiana». El tema de este año versaba sobre el décimo aniversario de la «Pacem in terris».

Vetrano centra su trabajo en las novedades de la enciclica, entre ellas, su universalidad. Verde Aldea estudia el orden dinámico, de arriba abajo, abogado por la enciclica, donde se concibe el bien común como una serie de condiciones que permitan la plena realización de todos los hombres.

MUSICA

Carlos Santana, su banda y su música

La música de Santana comenzó a oírse cuando aquello que se dio en llamar «música progresiva» estaba, más o menos, en su apogeo. Todos echamos nuestro cuarto a espadas en relación con el tema y,

CARTA DEL EDITOR

Estimado lector:

La atribución del Premio Nobel de Literatura a escritores exóticos, es decir, no radicados en los grandes centros de producción de las mayores literaturas contemporáneas, suele crear en el público lector un cierto desconcierto, quizá una verdadera desconfianza, a partir de la hipótesis de que frecuentemente la Real Academia sueca hace concesiones a la geografía. Esa es la impresión que puede haber tenido el público lector español ante la atribución del máximo galardón literario al australiano Patrick White, del que no conoce sino obras primarias, traducidas hace bastante tiempo. Pero White es uno de los grandes escritores contemporáneos de lengua inglesa, un escritor cuyas novelas mayores podrían situarse en un punto equidistante entre la fabulación de Faulkner y la sutileza de Angus Wilson. La mejor justificación del premio con que ha sido honrado el conjunto de su obra literaria es la novela mayor de Patrick White.

LAS ESFERAS DEL MANDALA

que Barral Editores ofrecerá al público durante la primera semana de diciembre en su serie Breve Biblioteca de Literatura, que publicó también AGOSTO 1914, de Alexandr Solzhenitsin. LAS ESFERAS DEL MANDALA, un libro tan ambicioso como de fácil lectura, explica mejor que ningún otro la verdadera importancia de Patrick White.

En su colección *Hispanica Nova*, la editorial publicará, también durante el mes de diciembre, la novela que obtuvo el último Premio Barral de Novela, fallado el 20 de junio de 1973: el libro de Vicente Molina-Fox.

BUSTO

La atribución del premio a este libro viene a ser una especie de confirmación de la existencia de un movimiento de renovación de la narrativa española, de la que la novela de Molina-Fox —un libro claramente diferenciado, que sólo podía ser reconocido por un premio que se pretende diferente— es un ejemplo relevante.

En la misma serie, *Hispanica Nova*, aparece, en el curso del mes de diciembre, un libro insólito, que viene a ser como heraldo de la resurrección de un género literario que fue muy importante en las literaturas hispánicas en las últimas décadas del siglo pasado y en las primeras del presente: las Memorias literarias de contenido político, o mejor, de testimonio de la Historia contemporánea. Se trata del libro del escritor y ex diplomático chileno Jorge Edwards.

PERSONA NON GRATA

Edwards, primer encargado de negocios del Gobierno de Salvador Allende ante la Cuba de Fidel Castro, vivió muy de cerca los cambios de densidad de la política cubana con respecto a la cultura que siguieron al Congreso de La Habana del 68 y determinaron una mutación en la relación de los intelectuales creadores con la revolución. Tras su misión en La Habana, Edwards, ministro en la Embajada de Pablo Neruda, fue protagonista de las presiones internacionales sobre Chile que tenían lugar en la escena parisina. Pero el libro de Edwards no es un libro de reflexiones, sino un libro de Memorias, de Memorias de escritor que se plantea sobre su propia experiencia, y en un determinado contexto histórico, el problema de las relaciones de la literatura con la política y el poder.

Finalmente, la publicación de piezas dramáticas de dos grandes autores contemporáneos, Günter Grass y Alexandr Solzhenitsin, quiere reafirmar el interés de Barral Editores por uno de los sectores más ligados a la tradición cultural española y menos atendidos por la expansión editorial.

luego, algunos renegamos, en público o en privado, de aquel tipo de música sobre el que, probablemente, se escribió demasiado. Era la época en que Santana, que anteriormente sólo había publicado un LP, homónimo, sacó *Santana Abraxas*, con una buena acogida de público y algunos comentarios no tan benévolo de la crítica, entre ellos el mío, en el número monográfico e inefable de la revista «Cau» dedicado a la música progresiva. Últimamente, el Carlos Santana-Mahavishnu-John McLaughlin Amor Devoción Entrega —con una música rechinando en algunos momentos y algo incómoda en otros, pero de gran calidad en general— representó la vía por la que Santana tiraba por el lado de la mística y la modernidad oriental. La bastante aceptable calidad de Santana como guitarrista (también es aceptable su calidad como saltimbanqui) y sus esfuerzos por conseguir una percusión totalizada (lo más relevante de su música y la única razón del favor que el público le deparó, más bien en su día) con elementos depurados del sonido Tijuana, de la samba y de la conga, favorecían una audición agradable y hacían disculpables los momentos menos afortunados.

La banda con que Santana se ha presentado en Madrid está integrada por él mismo, Tom Coster y Richard Kermode (teclados), Dough Rauch (bajo), José «Chepito» Areas (percusión), Mike Shrieve (batería y responsable, creo, del magnífico solo que se oye en *Woodstock*) y Leon Thomas (cantante, y el mejor de «jazz» del año, según la revista «Down beat», antiguo miembro de las formaciones de Count Basie y Pharoah Sanders).

De la rueda de prensa que concedió Carlos Santana (en solitario y

vestido de blanco, que es símbolo de pureza), casi valdría más no hacer mención, pues con las cosas que estos gurus tan modernos le han enseñado, expuso ideas tan absolutamente turuláticas como las siguientes: El amor humano es como una culebra que se enrosca. El amor divino es otra cosa. Un hombre puede amar mejor a una mujer con amor divino (...). Yo no hago nada por mi raza (Santana es chicano, nacido en Autlan, estado de Jalisco), porque, ¿qué ha hecho mi raza por mí? (...). No creo en la guerra entre las naciones, la única guerra es la que tiene lugar entre la mente del hombre y su alma. (A uno sólo se le ocurre pensar que, en realidad, lo que tiene que hacer un músico —y lo único que se le puede exigir— es música, y ni siquiera al mejor le está vedada la sandez.) Y ante el aspecto estupefacto que ofrecían sus oyentes, les hizo una zalema y se fue a relajarse.

Y con una zalema y un ratito de meditación se inició el concierto. Y el concierto fue jugoso por las actitudes, sensaciones y comentarios que propició. En primer lugar, la temática que en su momento atrajo la atención sobre Santana es imposible de mantener en una sesión de casi tres horas sin caer en la monotonía. En segundo lugar, ¿qué hace Leon Thomas en una banda que lo único que le puede ofrecer es cavar su propia tumba? En tercer lugar, ¿no se le ha pasado a Santana por la cabeza la necesidad de meter una sección de viento en su banda, para aligerar con ella su apoyatura, única, en la percusión? En cuarto, ¿cómo se le puede permitir a este caballero atacar en medio de la sesión las notas del «Concierto de Aranjuez», fallar una y cubrirla con resonancia y trucos de la peor tradición? En quinto, ¿có-

mo es que se admite un narcisismo tal que conduce a que Santana dirija su banda de la manera más zafia? En sexto, ¿cómo es que una formación que cuenta con verdaderos talentos y de la que el verdadero espíritu es José «Chepito» Areas, no manda a freir espárragos al caballero Santana y se decide a funcionar por su cuenta con mejores, y pienso que más satisfactorios, panoramas? Esta formación cuenta con músicos definitivamente buenos, con un sonido incompleto, pero que sería perfecto en una integración eficaz, con un cantante que lo único que puede hacer en ella es nada, y con un director que es una mezcla de avisado mocha y cover-boy. ¿Qué esperan los miembros de Santana para enviar a Carlos Santana a donde entiendan que le corresponde, y comenzar entonces a hacer la música que pueden hacer? Quizá es que piensan que donde está y donde están es donde a cada cual corresponde y entonces, ¿para qué contar? A mí, desde luego, me parece que Santana no tiene rollo alguno. ■ EDUARDO CHAMORRO.

CINE

Gorki, minimizado por Renoir

Pertenece «Les Bas-Fonds» a la mejor etapa creadora de Jean Renoir, comprendida entre 1934 («Toni») y 1939

(«La règle du jeu»). En ella, junto a las citadas, figuran obras de la calidad de «Le crime de monsieur Lange», «La vie est à nous», «Partie de campagne», «La grande illusion», «La Mar-seillaise» y «La bête humaine». Pocos cineastas habrán conseguido concentrar tal número de films importantes en tan poco espacio de tiempo. La excepción que nunca falta estaría representada, según mi criterio, precisamente por «Les Bas-Fonds» (1936).

Hablando de la «acogida reticente» que ya en su día tuvo la película, Pierre Leprohon escribe: «Se esperaba a Gorki y no se le encontró apenas; hoy se espera a Renoir y se le encuentra. Es el secreto del «alza» de «Les Bas-Fonds». Discutible opinión la del historiador francés, pero que nos sirve para plantear una doble vía de análisis: la postura de Renoir ante el texto teatral de Máximo Gorki —de la que va a nacer su trabajo de adaptación— y la entidad de la obra cinematográfica por sí misma. Comparativamente, en una labor que resulta imprescindible cuando se parte de un texto de tan decisiva significación como el «Na dnié» gorkiano, la tragedia ha perdido su alcance colectivo, su carácter de testimonio incluso prerrevolucionario. De la galería de personajes puestos en pie por el autor ruso, Renoir ha extraído los de El Barón, el ladrón Pél, su amante Vasilissa y Natacha, la hermana de ésta. Todos los demás o quedan en la sombra formando un puro decorado ambiental o simplemente se les utiliza en relación subordinada con los ya citados; sería el caso de Kostlev, el dueño del albergue nocturno, y de Medvedev, policía cuyo juego dentro de la obra se ha visto, por otra parte, modificado. Si pensamos que una de